



Precariedad y nuevos pobres. Las condiciones del trabajo en la era postfordista

Teresa T. Rodríguez Molina

ttrodmol@hotmail.com

Universidad de Huelva

Resumen:

La precariedad laboral y la pobreza están relacionadas con las contradicciones intrínsecas del neoliberalismo y del capitalismo actual. Partiendo de ahí, por tanto, lo que se esboza aquí es una reflexión sociológica sobre la precariedad, enfatizando algunos de los procesos centrales en la transformación del fordismo al postfordismo. El advenimiento del no-trabajo, la flexibilización y la quiebra de las identidades, la desregulación, la deslocalización o la globalización sirven aquí para dimensionar el contexto en el que su estructuración cumple con una función disciplinar esencial. La precariedad, conceptualmente paradójica con la sociedad de consumo, el Estado de bienestar o la propia prosperidad de las naciones, en su ordenamiento, según los principios del liberalismo económico, no tiene otro fin que servir como elemento de control, en la actual mercantilización del mundo.

Palabras Calve: precariedad, postfordismo, liberalismo económico

Precariousness and the new poor people. The working conditions in the postfordist era

Abstract:

Labour insecurity and poverty are related to the intrinsic contradictions of neoliberalism and current capitalism. Starting from there, therefore, what is outlined here is a sociological reflection on precariousness, emphasizing some of the central processes in the transformation from Fordism to post-Fordism.

The advent of non-work, the flexibilization and bankruptcy of identities, deregulation, relocation or globalization serve here to dimension the context in which its structuring fulfils an essential disciplinary function. Precariousness, conceptually paradoxical with the consumer society, the



Welfare/Wellbeing, even with the prosperity of nations itself, according to the principles of economic liberalism, has no other purpose than to serve as an element of control in the current world's profiteering.

Keywords: precariousness, post-fordism, economic liberalism

Introducción

La precariedad laboral se ha convertido en un elemento estructural en nuestros días. Plantear una reflexión sociológica sobre ese hecho, en primer lugar, implica examinar las condiciones y las formas del trabajo en la era global. La precariedad no solo reseña la última transformación del capitalismo, sobre todo, focaliza sus efectos sobre la vida de millones de personas.

Sin acceso al trabajo no hay seguridad contra los riesgos de la vida (Beck, 2017). Como fenómeno social de nuestro tiempo, por tanto, concreta el escenario actual sobre el que orbita el mundo “trabajo”, en primer lugar, rebasando los criterios economicistas imperantes. En segundo lugar, evidencia lo lejos que el postfordismo se postula de la trayectoria de la sociedad secular moderna que, como afirma Sennett (2003: 67), enfatizaba la «dignidad del trabajo».

La precariedad, no obstante, no se agota ahí. No se puede desagregar de la última transformación del capitalismo, del postfordismo, ni este lo puede hacer del liberalismo económico hoy dominante. Las políticas neoliberales vienen incrementado la precariedad y la pobreza en estos últimos treinta años en todas las zonas, incluidos los países democráticos. Sus fundamentos y principios ordenadores no son nuevos, aunque ahora se circunscriben a fenómenos que se presentan como tales (globalización, flexibilización, desregulación, deslocalización, etc.), cuyas consecuencias vienen siendo devastadoras para los territorios (Sassen, 2015), para el mundo del trabajo y para las narraciones vitales (Bruder, 2020).



No se trata de un fenómeno accidental o no deseado, circunscrito únicamente al mercado laboral. Contrariamente a las tesis económicas que defienden eso, como explica Bauman (2017), desde la ética del trabajo vigente, la precariedad no sólo comprendería la capacidad profesional o el empleo disponible, también los fenómenos de exclusión e inclusión, pasando por la construcción de la pobreza, la desigualdad o el ser pobre y estar aislado en una sociedad de consumo y de abundancias. La precariedad, en ese sentido, especialmente llamativa en los países occidentales, en el marco de la actual articulación de un Estado de bienestar sin trabajo, resume la necesidad y la urgencia de refutar el capitalismo dominante, especialmente su biopolítica (Foucault, 2009), porque afecta severamente la vida de las personas y de sus circunstancias de trabajo, en la actual economía de mercado.

Escasamente se recuerda hoy, sin embargo, que el concepto “trabajo” no es una mera subcategoría del mercado, ni siquiera estamos ante una categoría antropológica (Naredo, 2001), en el sentido de una cualidad inherente a la naturaleza humana. Por el contrario, se trata de un hecho esencialmente histórico, social y cultural. La precariedad, al respecto, enfatiza la realidad del trabajo de forma muy distinta a la que promovió la modernidad y su etapa fordista. Una “historia laboral” siempre es más que un informe de los hechos ocurridos en el trabajo, como mantiene Sennett (2001: 259-260). Hoy no sólo la compondrían los relatos de una vida fragmentada, también la arquitectura de una vida precarizada está dibujando un nuevo mapa global, repleto de damnificados, expulsiones, quiebras y dramas, en permanente contraste con la esfera de los beneficios impúdicos (Sassen, 2015).

Frente al economicismo, sociológicamente, no se puede desagregar la precariedad de la transformación del mundo del trabajo, ni este de procesos como la desregulación, la flexibilización, la deslocalización o la propia globalización, fundamentos principales de la era postfordista, cuyas dinámicas y sentidos son ordenados por el liberalismo económico, cuyos principios y axiomas dominan el mundo, remercantilizándolo. En ese sentido, por tanto, más que sobre precariedad, en sentido estricto, lo que se esboza



seguidamente son algunos de los procesos y de las consecuencias que instituyen el postfordismo, tras las que se dimensiona con claridad el papel disciplinar que la precariedad tiene como elemento estructural, en la última transformación del capitalismo. Conceptualmente, su naturaleza esencialmente paradójica con la sociedad de consumo, con el Estado de bienestar o con el propio incremento de la riqueza en los países occidentales, sirve en estas páginas como trasfondo para plantear este análisis reflexivo.

El no-trabajo y/o la quiebra de las identidades

El trabajo ha sido una de las principales fuentes de identidad y sentido en las sociedades modernas, especialmente en lo concerniente a la organización de la vida y como vehículo de pertenencia o enclasmiento cultural y social. La modernidad, básicamente, lo articuló sobre el soporte económico, político y social de la producción. En la actualidad, principalmente en occidente, el mundo está constituido por sociedades de consumidores, no de productores. Como matiza Bauman (2017: 43), sabemos a grandes rasgos qué significa ser consumidor; algo que, entre otros muchos fenómenos, ha venido a difuminar, convirtiéndola en insegura, la fisionomía cohesionada de aquél moderno *homo-faber* (Arendt, 2020) que, prominente, simbolizaría el último trabajador fabril del fordismo. Ese tiempo, enfáticamente productivo y fabril, generó multitud de imágenes en torno al trabajo que fijaron una época copada de relatos de vida y de referentes de la construcción de la identidad vinculados a la clase social, al capitalismo industrial y al Estado nación. Hoy en día, sin embargo, el mundo del trabajo ya no promueve una imagen fija de nosotros mismos, ni de nuestras vidas, la sociedad de consumo articula la realidad y la globalización está erosionando las bases del Estado, en sentido moderno. Como expone Sennett (2001: 247), la construcción de la identidad actualmente implica el relato de una vida entera en un contexto consumista, donde la centralidad no es el lugar social que se ocupa, sino la disponibilidad de dinero.

La cultura moderna, en realidad, estaba llena de frases sobre la identidad en estrecha relación con el ámbito del trabajo, especialmente, como mantiene Sennett (2017: 248), ahí están los referentes a identidades marginales, subalternas, transgresoras u oprimidas,



concernientes todas a una serie de máscaras e imágenes que categorizaban la situación social de las personas, en el más puro sentido fenomenológico. El trabajo ya no tiene la misma trascendencia referencial, ni tampoco es un soporte consistente en la construcción de las identidades en el siglo XXI. Hoy, esas mismas clasificaciones componen, fragmentariamente, una profusión de historias individualizadas desvinculadas del ámbito laboral, que consignan sobre todo un parámetro individualizado, en versión psicologizada y consumista, del «cómo descubrí la persona que soy en realidad», donde el ámbito del trabajo ya no juega el papel central en esa configuración identitaria. Sus atributos y particularidades hoy lo articulan los consumos.

Toda esa palabrería “moderna” sobre la identidad, a partir de referentes laborales, como mantiene Sennett (2001: 248), ya no sirve demasiado para comprender la vida personal, en la economía global de hoy, entre otras cosas, porque una realidad de mercado externa y en constante transformación perturba las imágenes del *yo* establecidas por el trabajo, al tiempo que ese *yo* ahora cristaliza sobre la profusión de las sociedades articuladas por el consumo (Alonso, 2005). Esa profunda transformación operada en la construcción de las identidades advierte de las diferencias que se establecen entre un capitalismo organizado y regulado (fordismo) y el nuevo capitalismo post-fordista desregularizado que, entre otras cosas, es el que ha cambiado radicalmente la experiencia personal del trabajo y el mundo del trabajo, sus encuadres ético-morales, sus fundamentos organizativos, su centralidad en la vida de las personas, incluso las identidades basadas en el lugar, han visto modificadas sus sustancias principales: ya no predomina en ellas aquella sensación de “hogar” o de pertenecer a un sitio concreto en el mundo¹.

En el capitalismo “organizado” fordista, como explica Alonso (2005: 56), la intervención estructurante del Estado fue fundamental. Sobre todo, al productor/consumidor –privado– fordista había que añadirle forzosamente la construcción de una ciudadanía social –

¹ Como explica Sennett (2001: 248), «en el nuevo capitalismo flexible y desregularizado, un banquero de inversiones en New York se identifica mucho más con sus colegas de Londres y Frankfurt que con otros neoyorquinos; el encargado que limpia su despacho, seguramente, tiene a su madre en Panamá y un hermano en Buenos aires. ¿A dónde pertenece esa gente, dónde está su hogar? Esta cuestión nos presenta un nuevo Ulises, alguien que ya no sólo necesita la orientación para su viaje vital de regreso a Ítaca. ¿Dónde están ahora las “Ítaca”?, sería la pregunta más pertinente»



pública— como elemento de soporte, mantenimiento y racionalización colectiva de la relación salarial en la producción (sindicación, negociaciones colectivas y derechos laborales reconocidos por ley), además del propio uso de las mercancías individuales, en un marco de consumos crecientes. Frente a la experiencia laboral estable y mundo “estable-organizado” que procuraba el fordismo, el parámetro de la flexibilidad, el énfasis globalizador y el fuerte componente desregularizado del nuevo capitalismo hacen que las personas se encuentren hoy completamente indefensas, incluso en el ámbito de lo local, donde sigue predominado ese orden legal y el amparo benefactor desplegado por el Estado de bienestar, en sus desiguales versiones, pero cuyos resortes ya no son capaces de procurar o de reparar las quiebras en esa compostura identitaria que habilitaba el fordismo.

Como expone Alonso (2005: 57), los sistemas legales que permitieron la integración *controlada* de las reivindicaciones salariales obreras en los mismos aparatos de gestión económica estatal (política de rentas, negociación colectiva, pacto social, etc.), convirtieron ciertas vertientes de la actividad sindical en complementos necesarios para la racionalización de la economía contemporánea, generando el despliegue amplísimo de un heterogéneo grupo de asalariados y profesiones liberales, que han ingresado en la dilatada referencialidad de las clases medias. Sin embargo, esos potentes e insustituibles apoyos, complementos y bases organizativas (de tiempos, biografías, espacios y aspiraciones), que fundamentaron la norma de consumo de masas, desarrollada, sobre todo, en el capitalismo de postguerra, estructuradores de los modos de vida y materializadores de la fuerza estructural de clase y del trabajo, fundamentan un modelo de crecimiento y orden social que hoy en día es el que se viene desarticulando progresivamente, socavando ese modelo de crecimiento fordista que entrará en crisis a partir de la década de los setenta, a medida que se desplegaba la variante de capitalismo privado, mercantilista y transnacional que promueve el postfordismo.

La desregulación o los grandes viaductos terminológicos del capitalismo actual



No es extraño que algunos analistas especifiquen la situación actual como la crisis de un modo de regulación y un estilo de vida que sienta las bases de una nueva convulsión global. Los procesos de desregulación, flexibilización y el fenómeno de la deslocalización, entre otras cosas, promueven de manera extensible sus efectos a los más amplios y diversos ámbitos de la existencia social, política, económica y cultural, donde se declara, como mantiene Alonso (2005: 59), no sólo el sentido genérico una “crisis económica”, también “energética”, “urbana”, de “ciudadanía”, “política”, “ecológica”, de “civilización”, de “los individuos”, etc. La desregulación no es algo casual sino esencial al postfordismo y singularmente significativo, porque es el que mejor ilustra las últimas crisis del capitalismo en el siglo XX: crack del 29, crisis del petróleo en 1973, segunda crisis financiera en 1987 y última en 2008 (Frank, 2013). Se trata, en definitiva, de uno de los grandes axiomas del liberalismo económico, que determina el incremento de las desigualdades en el siglo XXI, resultando imprescindible para la estructuración de la precariedad.

La desregulación no es nada más que una ejecución ideológica. Remite al proceso por el cual los gobiernos eliminan algunas de las normativas y controles específicos que deben cumplir las empresas y negocios, con el fin de favorecer o agilizar la operación eficiente del mercado (Frank, 2013). Esto se viene produciendo desde hace cincuenta años en el seno de las sociedades industriales avanzadas, afectando gravemente a los Estado de bienestar y a las políticas públicas. Técnica e ideológicamente, el liberalismo económico defiende que menos regulaciones conllevan un aumento en el nivel de competitividad, lo que permite rebajar costes e incrementar la productividad. Por su parte, el liberalismo político, con un corte más moderado, sobre todo en Europa, al estar vinculado al enfoque económico Keynesiano, más social-demócrata, aceptó la idea del mantenimiento obligado de ciertas regulaciones y controles por parte de los Estados, principalmente en sectores estratégicos, con el fin de reducir las desigualdades. Probablemente, aunque de manera simplificada, esta continúe siendo la gran batalla económica y la pugna política más importante del siglo XXI.



Al amparo de esa voracidad economicista, que diluye los límites, alabando un planeta sin regulaciones, algunas palabras irrumpen en escena, como si expusieran y albergaran alguna esencia novedosa sobre la transformación de la realidad. El icono de la “globalización” o la noción misma de una “economía globalizada”, por ejemplo, no tendrían por qué ser categorizados como dos fenómenos nuevos, porque no modifican de forma tan extraordinaria y sustancial la vieja idea de mundo global.

De hecho, como expone Sloterdijk (2010: 46), aludiendo a la afirmación de Martin Heidegger –la esencia de la Edad Moderna es la conquista del mundo como imagen–, la globalización no tendría por qué portar mayor distinción que la de ser una noción continuista que, hoy en día, aún representaría esa imagen renacentista del mundo abarcable, enraizada profundamente en la tradición cultura occidental.

Sin embargo, resulta reseñable su aporte enfático, reduccionista o de sinopsis economicista. Magnificaría los procesos y especificidades propias del actual contexto postfordista, donde conceptos como el de flexibilización, la ya mencionada desregulación o la curiosa y aparentemente inofensiva expresión “deslocalización”, devienen como resortes fundamentales para comprender y analizar las especificidades propias del postfordismo y sus incesantes flujos de capital, capaces de formatear territorios o de originar transformaciones sustanciales, bajo el nombre de “economía globalizada”. Sus efectos y consecuencias están alterando, severa y profundamente, la propia vida en el planeta, incluso agotando su habitabilidad, esquilmando sus recursos, sin reserva o medida. No conviene pasar por alto en estos momentos, por tanto, que la “deslocalización” no es una manifestación histórica irreversible, ni una hija genuina de la globalización, sino el producto específico de la desregulación y de la flexibilización, los dos grandes ordenadores en el capitalismo postfordista.

La desertización o la revitalización mercantil de las zonas planetarias, en realidad, no son procesos nuevos. Desde la antigüedad, la tierra viene siendo un prodigio geodésico, copado por flujos de toda índole: cósmicos, humanos, bacteriológicos, informacionales,



etc. Lo que sí cabe pensar, no obstante, como mantiene Sloterdijk (2010: 46), es que la modernidad sí es el tiempo en el que comienza una historia de éxitos para la idea de localización en el mundo, extendiéndose hasta nuestros días.

Sobre la conformación de la idea

global del mundo, el globo terráqueo no sólo se convierte en el instrumento rector de la nueva localización homogeneizadora; no sólo se convierte en el instrumento imprescindible de la cosmovisión, en manos de todos los que en el Viejo Mundo y en sus dependencias llegaron al poder y al conocimiento. Protocoliza y consigna, gracias a continuas y progresivas enmiendas de las imágenes de los mapas, la permanente ofensiva de los descubrimientos, conquistas, colonizaciones y dominaciones con los que los europeos, en avance marítimo y terrestre, se establecen en el exterior universal. Decenio tras decenio, los globos y mapas europeos vienen publicando el estado de ese proceso (Sloterdijk, 2010: 46)

Hoy, sin embargo, ya no se habla de localizar, sino de “des-localizar”; significativamente, ha de entenderse, por tanto, como un juego dialógico que parte de esa vieja cosmovisión en la que ahora, sin embargo, más que situar/re-situar los lugares, lo que se enfatiza en los mapas y planisferios, simplemente, sería el efecto “borrado”: zonas que, literalmente, desaparecen de los mapas; “zonas muertas”, como las denomina Lash (2005).

El paradigmático borrado de la ciudad de Detroit

Probablemente, la ciudad de Detroit pueda ser considerada el paradigmático comienzo del proceso de deslocalización en el siglo XX; un ejemplo vivo y abrumador de lo que supone ese efecto literal y topográfico del “borrado” representativo del advenimiento triunfal de la era post-fordista. La ciudad de Detroit, con su pródiga industria automovilística, se convirtió en un enclave del industrialismo fordista, ilustrado por enormes fábricas y largas cadenas de montaje, donde cientos de trabajadores cumplían, funcionalmente, las tareas diseñadas bajo el auspicio del especialismo fabril. Detroit, una



de las ciudades más prósperas de los EE. UU y emblema del modelo de economía de producción industrial y de consumo de masas, ahora, sin embargo, fruto de la deslocalización, es un lugar ruinoso y en descomposición. La ciudad sufre un vaciado en forma de espacios, literalmente, desmantelados, permaneciendo como suspendida y atrapada en las nuevas líneas de los no-lugares que se multiplican por toda la orografía occidental (Bruder, 2020). Sus ruinas atesoran también la otra fisonomía desatada por la actual violencia financiera internacional y la fuga de la producción industrial a terceros países.

La huida del sistema fabril o de producción industrial a otras geografías, como hoy recuerda la ciudad de Detroit, se inscribe no tanto en la dinámica globalizadora o de mundialización de la economía, sino en los efectos de la desregulación post-fordista, que pasa de manera eufemística a ser catalogada, en palabras de Alonso (2005: 73), como denominación de la profundización de las estrategias mercantiles en todos los ámbitos sociales y territoriales. Esta era post-fordista, fundamentada en la desregulación, también supone la misma estructuración de la desigualdad territorial, potencialmente ya insertada anteriormente en los viejos mapas de la globalización. Tiene mucha razón Sloterdijk (2010: 67) cuando afirma que «el hecho primordial de la Edad Moderna no es que la Tierra gire en torno al sol, sino que el dinero lo haga en torno a la tierra».

En esos viajes de ida y vuelta de los capitales y recursos, incluidos los humanos, o en esa vieja prescripción del flujo de las riquezas materiales e inmateriales, la globalización financiera sobre la que gravita el post-fordismo actual ya no es que dibuje únicamente los mapas con *zonas excluidas* (totalmente fuera del fenómeno de la globalización), con *zonas vulnerables* (que todavía reciben los impactos de las *zonas activas*, absorbiéndolos a base de pujar a la baja en su protección social y con estrategias de flexibilidad defensiva), supone también que el Estado-nación, según Alonso (2005), se ha ido vaciando de sus intervenciones posibles y lo ha ido haciendo casi de forma paralela al último proceso de “vaciamiento” a los que se ven abocados los territorios, a partir de la década de los ochenta, cuando el fordismo es un resquicio o engranaje social y económico

que se descompone de forma paralela a la irrupción de una versión “post” desregularizada del actual capitalismo financiero y especulativo.

Los poderes públicos, la política y la administración de los Estados-nación ya sólo adquieren poder como resultado de la *mano invisible* tecnológica y financiera del nuevo capitalismo “post”, generador de los nuevos efectos acumulativos y desigualitarios de todo un entramado planetario desregulado. No tanto de forma paradójica, sino ideológica, por tanto, el Estado-nación sólo muestra capacidad para re-mercantilizar los territorios, privatizando sus servicios y sus recursos. Este hecho, políticamente extensivo por todas las geografías de occidente, viene agravando el proceso de deslocalización o de “borrados” topográfico del mundo; es decir, van quedando cada vez menos *zonas integradas*, sólo las grandes áreas de alto nivel de innovación y metropolización competitiva (Alonso, 2005: 73). Fuera de esas zonas, los territorios quedan a expensas de desaparecer, de reconvertirse o de tematizarse, estacionalmente, para las hordas de turistas globalizados, que continúan viajando por el “aburrimiento”, por fijar un guiño al pródigo y modernista Proust².

Ciertamente, la idea post-fordista de globalización o de flujos de capitales desregularizados a nivel planetario describe la “deslocalización” como el fenómeno por el que lo global y lo local se han convertido en un espacio borroso, sin apenas institucionalización o definición democrática, pero cada vez más presente en la vida cotidiana de las personas, frente a un Estado-nación que sigue existiendo en la definición de la política y el orden público, pero cada vez más impreciso en sus obligaciones sociales y ciudadanas (Alonso, 2005). Sin embargo, el efecto “borrado” de los mapas no sólo tiene un semblante topográfico. También presenta una lectura humana dramática.

² “El centro de compras más grande de Europa es el Metrocentre de Gateshead, en el nordeste de Inglaterra. Este centro es un buen ejemplo del proceso de desindustrialización y transformación de las ciudades en centros de consumos contruidos sobre solares industriales abandonados en regiones metropolitanas, económicamente deprimidas. El Metrocentre se promovió como atracción turística, con sus “aldeas antiguas”, el “Reino del Rey Wiz” de los cuentos de hadas, la galería del antiguo foro romano y su ecléctico barniza general de simbolismo para evocar el mito de un pasado colectivo a través de las tarjetas de Navidad y una iconografía de caja de chocolates” (Featherstone, 1991: 173).



Sociológicamente, se reflejan muy bien esos efectos en la siguiente descripción de Alonso (2005: 75), que también podrían suscribir otros autores, como Bauman (2004) o Sennett (2001):

las nuevas clases cosmopolitas de alto capital humano, social y simbólico – referido a las personas que habitan los escasos territorios que sí están en los mapas– se separan progresivamente tanto de las clases medias nacionales, cada vez más fragmentadas y vulnerables, como de las clases obreras y populares, precarizadas y desempleadas hasta perder su coherencia simbólica, convirtiéndose, en muchos segmentos, en nuevas subclases e infra-clases que tienden a ser incluidas en una producción de estilos de vida despreciados y marginados por este nuevo modelo mercantil y adquisitivo, como los emigrantes, los refugiados o los parados estructurales, etc.

Deslocalización y globalización. Una nueva imagen para el mundo

La deslocalización global no es sólo geográfica. Detalla el proceso de desmantelación de las viejas identidades de clase o el estallido del universo social unificador e integrador que había servido, como referencia ideológica, material y simbólica, para definir la institucionalización de los sistemas de bienestar, junto a la norma de consumo de masas fordista: clases medias funcionales, clase obrera “integrada”, pleno empleo industrial, adscripción identitaria territorial y de clase, ascenso social generalizado, acceso impersonal y múltiple a bienes y servicios destinados a un consumidor indiferenciado, Estado desmercantilizador, etc.

Los niveles de riqueza alcanzados por ese fordismo-keynesiano, o lo que es lo mismo, el Estado de Bienestar (democracia + pacto capital-trabajo), orquestado, sin duda, por una ambivalente y precaria regulación, pero con una redistribución proporcional de las rentas y el afianzamiento de las políticas públicas de corte moderado liberal y social demócrata, más incisivas en el objetivo de alcanzar la igualdad, redujeron ostensiblemente las desigualdades y asentaron un modelo de capitalismo territorial o “localizado” que posibilitaba el acceso de amplias capas sociales a las profusiones de un emergente

consumismo. No sin sus luces y sombras, hasta la década de los años 90, occidente parecía haber afianzado las formas de vida bajo las condiciones más óptimas de la opulencia moderna (Galbraith, 2012). Este marco geopolíticamente fordista, también de naturaleza global, sin embargo, se ha fragmentado en algunos aspectos y roto completamente en otros, como ya reflejan dramáticamente los nuevos mapas territoriales, en los que las ciudades antes industrializadas ahora tienen que movilizar la cultura a fin de convertirse en «cebos de capital» (Featherstone, 1991: 178)³.

Como además matiza el propio Sennett (2001: 255), los lugares o los espacios urbanos de las grandes metrópolis comienzan a presentar las improntas de una nueva elite global que vive en la ciudad, pero se retrae del ámbito público. En realidad, el nuevo dinero utiliza la ciudad, pero dedica pocos esfuerzos a gobernarla. Es decir, este grupo selecto no se parece a los hombres nuevos del París de Balzac⁴. Sería destacable, por tanto, en este mapa postmoderno que va dibujando el capital actual con un matiz fuertemente interconectado, con súbitos “borrados” y nuevas re-capitalizaciones geográficas que, en su trasfondo, continúa siendo un sistema que no habría modificado sus composturas esenciales desde su incipiente nacimiento en el siglo XVI, caracterizado o fundamentado ya desde entonces por el famoso y primigeniamente grito desregulado del *laissez faire–laissez passer*. Afin a la desregulación, desde entonces viene desertizando, contaminando

³ Sennett (2001: 255), de manera gráfica, usa la palabra “abandono” como rasgo distintivo de la nueva élite urbana emergente de la era “post”, y para describir el fenómeno de retirada del ámbito público de esta élite. Dicho abandono se ve, sobre todo, en la transformación del centro urbano, el lugar geográfico, dentro de la ciudad, al que más ha afectado la nueva economía. Los enormes ingresos de las gentes que ocupaban los escalones superiores han expulsado a la clase media y baja del centro de las ciudades como Londres y Nueva York. Este proceso transformador, explica seguidamente el autor, resulta patente en el barrio londinense de Clerkenwell, en otro tiempo, hogar de impresores y pequeños fabricantes; en la década de los noventa se convirtió en un barrio de *lofts* para jóvenes financieros, o para mandos intermedios en el ejército del diseño gráfico, la moda o la publicidad que ha invadido Londres y las grandes áreas metropolitanas y financieras del mundo. Aclara Sennett, que se trata de un fenómeno nuevo, en cuanto que lo que ha ocurrido en Clerkenwell no es exactamente como el aburguesamiento que experimentó el Soho de NY, otro distrito de fábricas, próximo al coloso de Wall Street: Clerkenwell pasó de la desolación a estar de modo sin una etapa intermedia de ocupación por artistas pobres como la que se produjo en el barrio neoyorkino.

⁴ En la *Comédie Humaine*, se nos muestra a los hombres y mujeres nuevos, llenos de empuje, que quieren arrebatarse el control de la ciudad a una clase dirigente arraigada; quieren gobernar el lugar en el que viven (Sennett, 2001).



y privilegiando zonas del mapa, para las que erige fortalezas defensivas y mentales en forma de privilegios elitistas, prospecciones monopolistas o abundantes ganancias (Sassen, 2015).

Como rasgo actual de esa vieja fisonomía planetaria, aquella versión en auge del hombre trabajador y burgués, con su dignidad reconocida y amparada por los derechos constitucionales, inmerso en los bullicios y diversificaciones de las clases medias urbanas, que llevaron algo más de dos siglos articular, han sido deslocalizados también. Este nuevo capitalismo financiero transnacional ya no se abastece de lo local y nacional, sino de los flujos industriales y especulativos que circulan globalmente, donde el sistema productivo industrial y fabril ha “huido”, desmantelando el vasto e interrelacionado tejido social y cultural de los centros urbanos occidentales. Las nuevas plantas de producción fabril des-localizadas ocupan a un ingente número de personas sin especialización, en lugares remotos, desprovistas de derechos, despojadas de protección, en condiciones de trabajo infra-humanas, en unos contextos sociales carentes que recuerdan al más puro y primigenio industrialismo des-humanizado de los siglos XVIII y XIX.

El postfordismo dibuja un planisferio mercantilizado con sus *zonas excluidas*, *zonas-yacimiento*, *zonas secundarias en descomposición o en remodelación*, *zonas ya desintegradas* o las *zonas neurálgicas* e integradas, una estilización del plantea, impulsado por el auge y expansión de los flujos de capital y de sus asociadas infraestructuras de la cultura, las artes, de la publicidad favorable hacia lo auto-proclamado, de remodelación y jerarquización de los espacios, con sus múltiples disoluciones y reconversiones, que proyectarían las condiciones mundiales de intensificación de la competencia y la liberación del mercado en materia de inversión, diversión y flujos de capitales que, como matiza Featherstone (1991: 178), han hecho que las ciudades y el mundo, en general, tomaran un sesgo más empresarial que en épocas anteriores. En realidad, es un proceso intrínseco al post-fordismo, caracterizado como postmodernización, como aclara seguidamente Featherstone (1991: 178), que indica la re-estructuración global de las relaciones socio-espaciales mediante nuevas pautas de



inversión. Deslocalización, en definitiva, también es un término que consigna los flujos y rutas de la última versión del capitalismo global que hoy en día acrecienta el poder de los que dominan los códigos tecnológicos, culturales y lingüísticos sobre el conjunto de naciones, regiones y lugares incluidos, remodelados por el posmodernismo y adscritos a las profusiones del consumo, frente a las zonas descolgadas o, simplemente, excluidas o completamente fuera de este modelo de crecimiento intensivo y especulativo (Alonso, 2005: 79).

Ese lado aterrador de la más pura pobreza y el de las fábricas textiles “deslocalizadas” se encuentra en Bangladesh, Ceilán, Taiwán, etc., ejemplos reales de la infamia y del retorno, literal, de lo des-humanizado y degradado del tejido industrial en el floreciente capitalismo financiero del siglo XXI, al que ha desagregado de sus zonas integradas, absorbidas completamente por los esquemas profusos de las marcas, la estatización de la vida, incluida la remodelación de los espacios urbanos, cuyo *nudo gordiano* ya no sería precisamente ese mundo industrial-productivo, ahora borroso y como ajeno, a través de la especulación plantearía por la ruta “Nasdaq”.

Conclusiones

La ética de la realización y el triunfo individual son dos piezas claves de la era post-fordista. La precariedad, sin embargo, contrasta con eso, evidenciando la transmutación del mundo del trabajo y lo difícil que es incorporar la experiencia laboral a la composición de la identidad en la actualidad. En realidad, el consumo, y no la producción, articula la vida social. En este contexto, el trabajo ya no ordena la vida de las personas. En las sociedades del no-trabajo, la precariedad no deviene como una peculiaridad transitoria, adscrita únicamente al mercado laboral. Por el contrario, su estructuración amplifica y confirma la afectación de la vida de las personas, como normalización de los dominios del liberalismo económico.

La precariedad, a su vez, pone de manifiesto también que lo que entra en crisis no es el capitalismo como tal, sino la economía-mundo que se construyó en esta “edad de oro del fordismo”, un periodo de estabilidad laboral y social fundamentada en el modelo de



regulación de postguerra, eminentemente público y nacional-Estatal, en su vertiente de generación y reproducción de la fuerza de trabajo, que convivió, a su vez, con una vertiente abiertamente internacionalizada en el ámbito de la producción privada.

De esta manera, lo que se vienen desmoronando es el orden keynesiano (regulador), un orden multinacional, fuertemente integrado y distributivo, que consagró institucionalmente su espacio de regulación social, vinculándose al Estado-nación. Lo que realmente impulsa la última transformación del capitalismo es su variante privada, mercantilista y transnacional, fundamentada sobre la desregulación, la flexibilización, la deslocalización, la globalización y la precarización. Estos procesos distintivos de la era actual prescriben y han modificado la configuración espacial, simbólica y real del mundo, vaciando de contenido no sólo los espacios, las referencias del trabajo y las de la clase social, imágenes integradas e integradoras que estabilizaban el sentido de pertenencia grupal, ha transformado incluso la imagen misma del trabajo, trasmutada ahora en un condicionamiento indiferenciado y dramáticamente heterogéneo de “empleadores-empleados”. La precariedad vendría a formar parte de ese nuevo control suave de la era post-fordista que despoja de sentido la vida de las personas, quebrantando sus narrativas laborales, en un contexto capitalista desregulado que dispone de nosotros, a nivel planetario, dejándonos a la deriva, a través de la remercantilización del mundo.

Bibliografía

- Alonso, L. E., (2005) La era del consumo. Madrid, Siglo XXI.
- Arendt, H., (2020) La condición humana. Barcelona, Paidós.
- Bauman, Z., (2017) Trabajo, consumismo y nuevos pobres. Barcelona, Editorial Gedisa.
- Bauman, Z., (2001a) La sociedad individualizada. Madrid, Ediciones Cátedra.
- Bauman, Z., (2001b) La postmodernidad y sus descontentos. Madrid, Akal.
- Bauman, Z., (2004) Wasted Lives. Modernity and its Outcasts. Cambridge, Cambridge Polity Press.
- Beck, U., (2017) La metamorfosis del mundo. Barcelona, Paidós.



- Beck, U., (2001) “Vivir nuestra propia vida en un mundo desbocado: individuación, globalización y política”, en Giddens, A., y Hutton, W., (eds.) (2001) *En el límite. La vida en el capitalismo global*. Barcelona, Tusquets.
- Boltanski, L., y Chiapello, E. (2002) *El nuevo espíritu del capitalismo*. Madrid: Editorial Akal
- Bruder, J., (2020) *País nómada. Supervivientes del S.XXI*. Madrid, Capitán Swing
- Frank, Th., (2013) *Pobres magnates*. Madrid, Editorial Sexto Piso.
- Featherstone, M., (1991) *Cultura de consumo y posmodernismo*. Buenos Aires, Amorrortu.
- Foucault, M., (2009) *Nacimiento de la biopolítica*. Madrid, Akal
- Galbraith, J. K., (2012) *La sociedad opulenta*. Barcelona, Planeta.
- Giddens, A., y Hutton, W., (eds.) (2001) *En el límite. La vida en el capitalismo global*. Barcelona, Tusquets.
- Lash, S., (2005) *Crítica de la información*. Buenos Aires, Amorrortu.
- Lipovetsky, G., (2008) *La sociedad de la decepción*. Barcelona, Anagrama.
- Lyon, D., (1996) *Postmodernidad*. Madrid, Alianza
- Naredo, J. M., (2001) “Configuración y crisis del mito del trabajo”, en *Archipiélago*, N° 48. Pp. 13-23
- Ritzer, G., (2018) *Teoría sociológica clásica*. Madrid, McGraw-Hill.
- Sassen, S., (2015) *Expulsiones. Brutalidad y complejidad en la economía global*. Madrid, Katz Editores
- Sennett, R., (2008) *La cultura del nuevo capitalismo*. Barcelona, Anagrama
- Sennett, R., (2006) *La cultura del nuevo capitalismo*. Barcelona, Anagrama
- Sennett, R., (2006a) *El respeto. Sobre la dignidad del hombre en un mundo de desigualdad*. Barcelona, Anagrama
- Sennett, R., (2005) *Vida urbana e identidad personal*. Barcelona, Ediciones Península
- Sennett, R., (2017) *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*. Barcelona, Anagrama



Sennett, R., (2001) “La calle y la oficina: dos fuentes de identidad”, en Giddens, A., y Hutton, W., (eds.) (2001) En el límite. La vida en el capitalismo global. Barcelona, Tusquets.

Sennett, R., (1975) Vida urbana e identidad personal. Barcelona, Ediciones Península.

Sloterdijk, P., (2010) El mundo interior del capitalismo. Madrid, Ediciones Siruela.